

# VERANO EN LA OTRA ORILLA

M<sup>a</sup> de los Ángeles Teixeira  
Cerviá



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS  
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: [bailesol@idecnet.com](mailto:bailesol@idecnet.com)

*Sólo a través de la memoria recobra la vida su unidad.*

Marcel Proust



## DESTINO INGLATERRA

La señorita Mat, alta y delgada, con una melena rubia que le caía sobre los hombros, cambió de postura dentro del coche, cruzó las largas piernas asomando por la estrecha falda sus rodillas redondas, y con la mirada miope y perdida tras las gruesas gafas que ocultaban sus verdes ojos, se dejó llevar carretera adelante, hacia el aeropuerto Reina Sofía. Por la ventanilla desfilaba el paisaje árido y monótono de las tierras sureñas, las pequeñas planicies salpicadas de tabaibas, y la franja ancha del mar azotada por el pertinaz viento, levantando encrespados borregos blancos cerca de la costa para dejarlos heridos sobre las rocas.

La señorita Mat tenía un no sé qué en el estómago, una impertinente tos nerviosa y una cierta tristeza. Tres síntomas fieles que le acompañaban en cada viaje. Aunque resignada, el miedo atroz al avión lo tenía que superar por el sólo y trágico hecho de vivir en una isla. La pérdida de tiempo en un mundo de prisas la imposibilitaba de tomar el barco, y el decir adiós a la familia, la llenaba de funestos presentimientos y tontas supersticiones que acababan evaporándose nada más remontar el aparato el vuelo.

Mat, como le gustaba que la llamaran y dejaran de decirle señorita, cuando ya estaba en la cuarentena, consolaba su soltería ocupándose solícita de sus sobrinas y de su máquina de escribir,

su fiel amante como la denominaba irónicamente. Desde que se le murió su último y noveno perro, un chow-chow fiel y enrevesado, medio loco y traumatizado desde la cuna, por no se sabía qué vicisitudes, que recibió de carambola y al que cuidó y mimó pese a sus rarezas como si fuera un hijo, se juró a sí misma no tener más chuchos en la casa, porque ya no estaba en edad de poner el corazón en cosas perecederas, y menos en animalitos, que duraban diez o doce años, y luego, se quedaba uno hecho polvo, no curándose del mal sino con la entrada en el hogar de otro nuevo. Así pues, la señorita Mat, que había rellenado sus años de solitaria espera con estudios tras estudios, se había convertido también por esas cosas del destino, en una periodista que, escribía cuando le venía en gana, que ya era felicidad para los que tenían que vivir de tan dura y apasionante carrera.

En suma, la señorita Mat era una burguesa, refinada y educada, que hablaba tres idiomas y hasta tenía guardado en algún cajón de su pequeño escritorio, un título en árabe, que por aquel entonces era una rareza, pero que en los momentos actuales, y con los vientos de guerra procedentes de Oriente Medio, fuera conveniente y hasta lucrativo tener en cuenta.

Estaba pues Mat, ya preparada en la antesala del aeropuerto, bolso en mano, atenta a la llamada del vuelo con destino a Londres, donde pensaba pasar unas cortas vacaciones. El ir y el venir variopinto de los múltiples pasajeros, el pegajoso calor, los grupos de muchachos y muchachas en pantalones vaqueros, próximos a seguirla hacia el mismo destino, pasaban ante sus ojos con la misma indiferencia que respiraba. La *olympia* descansaba junto al asiento, y ella, con sus largas uñas, de vez en cuando le daba palmaditas para cerciorarse de que permanecía intacta a su lado. No estaba muy segura de que la policía inglesa con sus breves y formales interrogatorios se creyera que iba tan sólo por unas cortas vacaciones; aquélla, ciertamente, no era propiamente su instrumento de trabajo, pero sí una especie de amante fiel que acompañaba sus

ratos de ocio y recibía sus confidencias e impresiones sin exigir nada. Sólo le molestaba a Mat, que muchas de las cosas sugestivas a las que mostraba su apego, fueran acompañadas de nombres femeninos. Era el momento en que sus pensamientos discurrían por la facilidad que tenían los varones, hasta en el vasto campo de las palabras, para hacerlas sus amantes y dedicarles encendidos versos. Cómo iba ella a decirle a la Poesía: «Amor, cada noche te espero para que llenes mi sueño vacío/ En la sima precisa donde me duele», o por ejemplo: «Aquí estoy tendida aguardando tu abrazo». No, eso iba contra toda razón y se desesperaba ahogando, asesinando palabras, en las largas noches y en los prolongados días en que afluían las vivencias y los deseos de componer versos cosa que de verdad amaba.

Mat se levantó de sopetón al escuchar la salida del vuelo. Enfiló la estrecha pasarela de goma negra que la llevaba como un túnel desde la tierra firme a un dudoso cielo. Tosió con más fuerza, empezaron a caerle por el rostro las gotitas perladas del sudor y el miedo, se agarró con fuerza a su *olympia*, como si de aquel trasto dependiera toda su seguridad, y tuvo aún tiempo de echarle un reojo al aerobus que le había tocado en suerte. Llevaba el nombre de «Islas Cies». O sea, que iba de isla a isla en otra isla. Procuró pisar el suelo de entrada con el pie derecho, se inclinó para pasar sin dificultad por la puerta estrecha, y se agarró instintivamente la cabeza. Sólo entonces se percató que había olvidado en su casa el sombrero de paja rematado con flores, y pensó disgustada, que ya su imagen no sería el fiel reflejo de una inglesa como les parecía a los que desconocían su auténtica procedencia isleña.



## UNA SEÑORA LLAMADA VIOLET

La conocí una noche de tormenta cuando llovían del cielo perros y gatos en expresión inglesa. Dejé al atardecer el aeropuerto de Heathrow y el autobús me llevaba entre una incipiente lluvia muy fina, a través de extensos prados verdes, de pequeñas lagunas, de animales pastando y de casitas de ladrillos rojos con primorosas cortinas de encajes en las amplias y desprotegidas ventanas.

Iba yo intentando ver entre las ya próximas sombras con los ojos ávidos de llenarse de la tierra nueva. Así durante dos horas el autobús recorrió una estrecha carretera hasta su destino final en Hastings, la ciudad normanda ubicada en el sur de Inglaterra.

Al llegar nos recibió la oscuridad y una espesa cortina de agua que obligó al autobús a detenerse. Nos acogió entre el intenso aguacero la torre de piedra de Saint Mary Star of the Sea, con vidrieras ojivales que se perdían entre la niebla. Allí estaba cobijada bajo un gran paraguas negro, Violet Hogdson, una mujer de setenta y cuatro años, con los ojos intensamente azules y los cabellos pequeños y blancos.

Allí estaba con los labios finos fuertemente apretados, su aire marcial y sus toscas manos. Allí estaba frente a mí para decirme «vamos señora», y llevarme a su recorfontante casa de dos

plantas, con un fuego crujiente en la chimenea que agradecí enormemente.

Violet en una hora y ante una taza de té, me puso al corriente de su vida, de sus costumbres y de sus horarios. Parecía locuaz, pero el tiempo vivido en su casa me demostró lo contrario. Vivía con el único hijo soltero, de veinticuatro años, llamado Walter, y el resto de su prole ya la había llenado de inquietos nietos que cada domingo tomaban posesión de la casa con sus gritos y sus juegos. La señora Hogdson era viuda, y lo que sacaba cada verano acogiendo a estudiantes, le servía de complemento a su exigua pensión, al tiempo que compartía su tiempo libre en atender a los enfermos. Era católica y miembro activo de la Asociación Cristiana de Enfermos, ocupación que la mantenía alejada del hogar casi todo el día.

La casa de Violet estaba en la zona residencial de la ciudad, casi en las afueras, en el empalme de la carretera que conducía al norte, rodeada de pinos perlados de gotas de rocío, de lágrimas matinales, como espectros silenciosos de una ciudad cuesta arriba, salpicada de prados con ganado vacuno, lanar y caballar, con su castillo en ruinas, con su larga playa de guijarros dorados y redondos, con sus legiones de gaviotas gruñonas que se adentraban ciudad arriba buscando tal vez los añorados acantilados para poder hacer sus seguros nidos; y aquel reloj de flores, muy cerca de Falaise Rock, que tanto me recordaba al del parque García Sanabria de Santa Cruz de Tenerife.

Con Violet viví casi todas las experiencias que recoge mi *olympia*, y la difícil convivencia con el taciturno y misterioso Walter, recorriendo en calcetines la casa, haciendo crujir las maderas de los empinados escalones, devorando la televisión en las largas horas fuera de su trabajo en la Comisaría de Policía, mirándome furtivamente entre taza y taza de té, a través de los periódicos, de las muchas revistas que se extendían por las mesas y que sólo él hojeaba, sorprendiéndome vestido de pastora en el Carnaval de Hastings, con su pamelita llena de flores y una tierna ovejita entre

los brazos, mientras cruzaba a zancadas el salón y dejaba ver las pantorrillas torcidas y peludas.

Aquella noche el viento soplaba con fuerza entre aguaceros racheados estrellándose la lluvia en los cristales del pequeño chalet rodeado de pinos balanceantes. Apenas se recortaban entre la niebla las casas colindantes y la soledad era absoluta. Entretenía mi tiempo de ocio con la lectura de *La Ratonera* de Agatha Christie. En la tranquilidad del dormitorio la luz de la pequeña lámpara oscilaba con el viento que se colaba por las rendijas. Violet hacía mucho tiempo que había salido dejándome una pequeña bandeja de fiambres en el frigorífico. Era para mí un misterio jamás descubierto de dónde sacaba la señora Hogdson la comida que me ofrecía cada tarde alrededor de las cinco. Yo pensaba ¡Dios mío, a esta hora en casa me estoy levantando de la siesta! Su reino era la cocina donde no permitía que entrase, pero cuando me quedaba sola y tenía que sacar de la nevera aquellos improvisados bufet, estaba desangelada la pequeña bandeja entre los anaqueles y barras desprovistos de las cosas usuales que se conservan en estos pequeños trastos, los iglús caseros tan necesarios a las amas de casa. Nunca supe qué malabarismos hacía Violet Hogdson para cada día tener un variado menú, jamás vi su mágica chistera reposar sobre algún armario o mueble.

La humedad iba dejando el cuarto cada vez más frío y el viento resoplaba a través de las rendijas moviendo los visillos. No sé si fue la novela o el mal tiempo, quizá ambos crearon la atmósfera propicia para que viniera a habitarme el miedo, pero allí estaban las leves pisadas remontando las escaleras, haciendo crujir poco a poco los escalones, delatando la presencia furtiva de algún intruso camino de mi cuarto. Me incorporé de golpe, agudicé los sentidos, contuve la respiración al tiempo que el ritmo del corazón se aceleraba, así pude observar que el picaporte de la puerta estaba estropeado y la llave no giraba mientras sentía frío y calor a un tiempo y el miedo atroz se apoderaba de todo mi cuerpo. No sé

por qué pensé en *Psicosis* de Alfred Hitchcock y las piernas me flaquearon. Allí, a través de la puerta había alguien y podía percibir claramente su respiración entrecortada. ¿A quién llamar, Dios mío? ¿Qué vecino podía oírme entre el viento y la separación entre casa y casa? ¿Eres tú Walter? quise decir al tiempo que me encomendaba a todos los santos. De pronto los pasos que giraban en redondo y el chirriar de la puerta del baño, y..., cuando creía desfallecer, la voz chillona de Walter improvisando una desafinada sonatina bajo el agua de la ducha.

¡Qué largas se hicieron las horas hasta la llegada de Violet! Pude percibir entre la lluvia y, ya entrada la medianoche, el ruido del motor de un coche, la llave en la cerradura, el crujido de la madera hinchada por el agua, la voz de la señora Hogdson llamando sin reparar en la hora a su hijo, ¡Walter querido, vamos a tomar juntos una taza de té! Respiré hondo, procuré relajarme y secarme el sudor que impregnaba todo mi cuerpo. La risa de ratón de Walter fue lo último que percibí antes de quedarme completamente dormida.